LIBROS ENSAYO

«LOS 60 FUERON UN EXPERIMENTO QUE NADIE CONTROLÓ»

El poeta Geoffrey O'Brien reúne 'polaroids' narrativas de la época dorada del hippismo en el ensayo biográfico 'Tiempo de soñar'

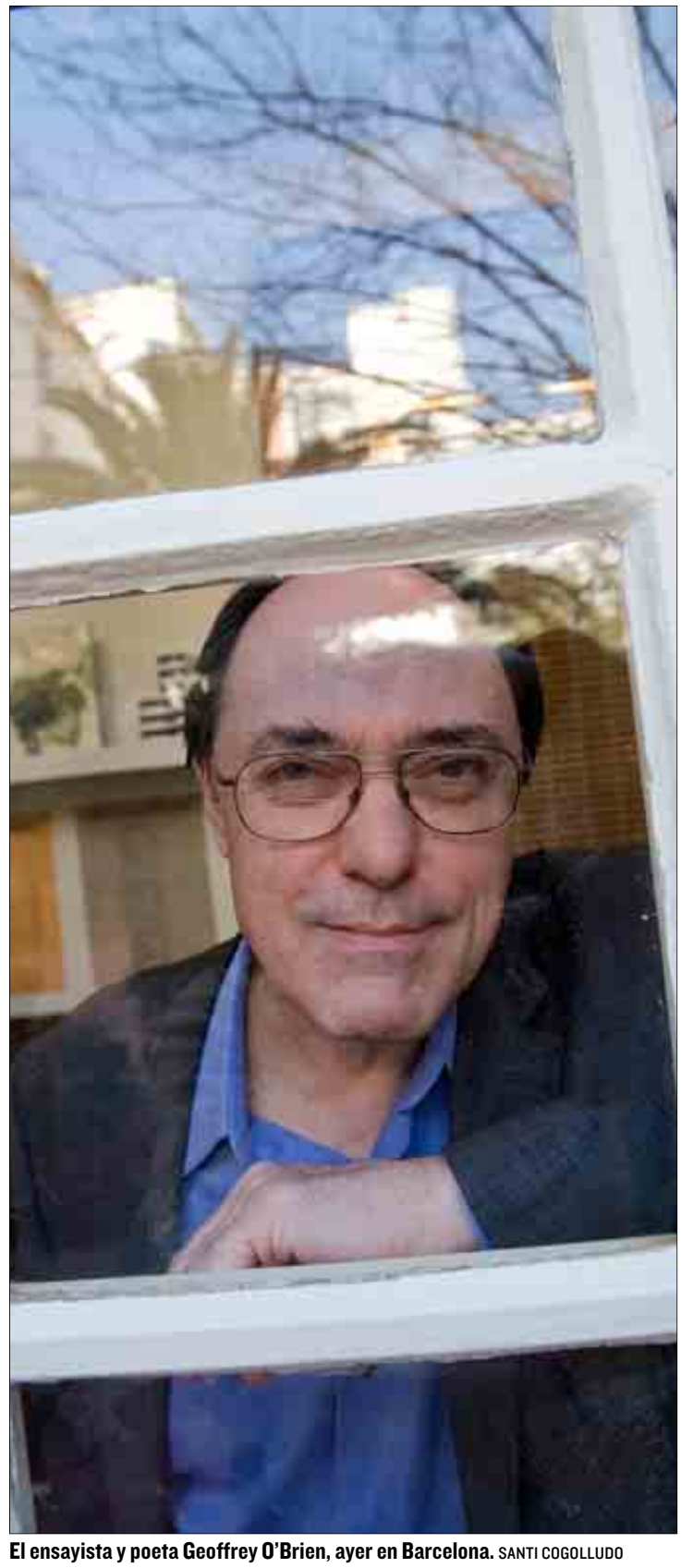
LAURA FERNÁNDEZ BARCELONA

Érase una vez un niño de nueve años que hablaba de Hiroshima en los columpios de los suburbios. Un niño que jugaba con la Historia, en mayúsculas, que jugaba con términos como Múnich, Pearl Harbour y Stalingrado, como se juega con muñecos intercambiables, porque el mundo, para él, como para el resto de niños de los suburbios norteamericanos de los 60, era algo parecido a un álbum de cromos. Las naves espaciales, los espías, un puñado de elementos fantásticos estaban de moda porque el mundo necesitaba evadirse, huir, de aquello que había dejado tras de sí la Segunda Gran Guerra, sobre todo, en Europa. «En Estados Unidos el impacto fue menor. O fue distinto. En cierto sentido sí era como si estuviéramos en una burbuja. Sobre todo en los suburbios. Las cosas nos iban bien, no había de qué preocuparse, pese a que ahí fuera las cosas iban en serio». El que habla es Geoffrey O'Brien, poeta californiano que reunió, en 1988, un puñado de *polaroids* narrativas de la década de los 60 en un volumen deliciosamente soñador titulado precisamente *Tiempo de soñar* (Alpha Decay).

«Estaba cansado de los estereotipos sobre esa época que empezaron a adoptarse en los 80. Yo había crecido en los 60 y había vivido todo eso y sentí la necesidad de anotarlo mientras aún lo recordara. Anotar las imágenes que me venían a la cabeza, y reconstruirlas luego en el papel, de manera que alguien que no hubiese vivido esa época pudiese llegar a hacerse una idea de lo que fue vivirla», recuerda O'Brien. Así, se reconstruye la infancia de ese niño de nueve años que hablaba de Hiroshima en los columpios, pero también, la adolescencia del chaval que creció leyendo novelas de James Bond, para luego descubrir que mediaba «un abismo» entre lo que allí se contaba y la trama política «real» de las historias de John Le Carré. «Todo lo que vivimos en los 60 tenía un aura de ilusión, de fantasía, que poco a poco fue perdiéndose», dice.

De hecho, en una de esas *polaroids* narrativas, el O'Brien narrador sentencia: «Hubo un país llamado América. Aunque lo perdieron, se quedaron con el ansia insaciable y persistente de sus celestiales descampados y puestos de perritos calientes». «Con eso me refiero a que existe cierto sentimiento de nostalgia, que ya existía entonces, por la América que creímos que había existido antes de Vietnam. La América de los cuadros de Norman Rockwell. Una América humilde y entrañable», aclara el poeta y editor que parece andar tras la sombra de Rimbaud en todo aquello que escribe y en especial en este libro. «No sé si Rimbaud simboliza en algún sentido el espíritu de los 60 en América, pero sí tiene algo de apocalíptico y salvaje, como aquella época», dice. También dice que si la guerra de Vietnam no se hubiera cruzado en su camino (el de toda una generación) el movimiento «habría sido más cultural que político».

«Habíamos tenido los *beatniks*, y la cosa había empezado siendo algo cultural, una revolución cultural. Pero entonces llegó Vietnam y la convirtió en una revolución política», considera. Y se apresura a añadir: «Aunque nada habría ocurrido sin las drogas». «El LSD y los alucinógenos permitieron un entendimiento sin igual entre la gente, por primera vez podíamos soñar con un mundo nuevo, estábamos en una especie de otra dimensión, sentíamos que podíamos reinventarnos», dice. De ahí el *Imagine* de John Lennon, y todo lo demás. «Los 60 fueron una especie de experimento que afectó a toda una generación. Un experimento que nadie controlaba», señala. Una colección de sueños que, por un momento, parecieron cumplirse. Pero luego llegó el despertar. Y fue duro. «Tenía que acabarse. Estábamos exhaustos. Era inevitable la futura era Reagan. Todo tenía que volver a su lugar», concluye el estudioso.



El ensayista y poeta Geoffrey O'Brien, ayer en Barcelona. SANTI COGOLLUDO

LÍRICA PRECIOS

EL LICEU CREA LA T-10 DE LA ÓPERA PARA ATRAER PÚBLICO

El teatro flexibiliza su política de abonos y suma descuentos para estimular a nuevos espectadores y premiar la fidelidad

ANA MARÍA DÁVILA BARCELONA

Parecido al paso de los antiguos billetes de tren a las múltiples tarjetas integradas que el usuario tiene a su disposición hoy en día. Así es el cambio en la política de venta de entradas que el Gran Teatre del Liceu propone a sus abonados –y público en general– a partir de la próxima temporada. Un cambio radical que ha implicado una rezonificación absoluta del teatro; nuevos modelos de abonos, más abiertos y flexibles, y que premian la antigüedad, y la creación de modalidades *a la carta*, pensadas para atraer nuevos públicos.

«Apostamos por el abonado más que por las entradas individuales, porque creemos que el *adn* de este país es el asociacionismo», afirmó ayer el director general del Liceu, Roger Guasch, en la presentación del nuevo sistema, en cuyo diseño se estudió la fórmula utilizada por 23 teatros europeos.

De manera global, la primera gran novedad es la recalificación de todas las zonas del teatro, siguiendo criterios de «visibilidad y equidad», a fin de evitar situaciones injustas en las que butacas con visión muy diferente tenían el mismo precio. En cuanto a los abonos, la novedad más importante es el incremento del número de espectáculos: 11 títulos para los de temporada, aunque con posibilidad de renunciar a dos de ellos; cinco para los reducidos y cuatro en el caso de los abonos populares. Los abonados también podrán vender sus butacas, recuperando hasta el 50% del valor, y se premiará su fidelidad con un descuento adicional que puede oscilar entre el 8 o el 20% en función de la antigüedad de su abono.

Por otra parte, se crea una modalidad denominada Abono Flexible, en el cual el usuario podrá escoger zona y precio diferente para cada función, y la llamada Tarifa Plana, algo así como la T10 del teatro, que permitirá comprar un paquete de entre 5 y 10 entradas que podrán utilizarse a lo largo del año, cuando el usuario lo desee. Por último, habrá descuentos especiales para estudiantes, jóvenes y familias. En este último caso, a un precio de 25 euros por persona, para un solo espectáculo de tarde de toda la temporada.